

mante se dirigía hacia el castillo, en donde, ya que el caballero había tomado su papel, no tenía más que esperar el regreso de la señora de Coislin para cobrar de ella el pago de su trabajo.

XV

LA HOSTERÍA DE LA CAMPANA RAJADA

Al salir del convento, en donde acababan de saber por boca de la abadesa el doble rapto de Blanca y de Luisa, el marqués Enrique de Lagardère-Nevers y el vizconde Romualdo de Dizons se pusieron en seguida de acuerdo acerca de los medios que debían emplear para sacar á las jóvenes de las manos en que habían caído.

De común acuerdo decidieron no dividir sus fuerzas, sino permanecer unidos y prestarse mutuo apoyo en lo que pudieran emprender, tanto respecto á una de las prisioneras como á la otra.

Luego, ya que sabían á punto fijo el lugar en que estaba la señorita de Nevers, decidieron ir primero á socorrer á ésta.

Como no tenían indicaciones precisas respecto al retiro de Luisa Moutier, les parecía, en efecto, más equitativo no retrasar la libertad de Blanca hasta des-

cubrir aquel retiro, lo que necesariamente les exigiría cierto tiempo.

En cuanto al modo de que pensaban dirigir sus operaciones, comprendieron que no podían determinar nada en definitiva hasta hallarse en el mismo lugar en que se encontraban las muchachas.

Á pesar de lo avanzado de la hora — eran las seis y media de la tarde — Enrique quería ir inmediatamente al Parque de los Ciervos, á fin de tomar, sin demora, disposiciones para la evasión de su hermana. Mas el vizconde objetó juiciosamente que era preferible aplazar para el día siguiente la visita á la calle de Saint-Médéric, teniendo en cuenta que si iban aquella misma tarde, llegarían de noche y, por lo tanto, de nada les serviría su diligencia, lo cual no pudo menos de reconocer el marqués.

En consecuencia, no emprendieron hasta el día siguiente el camino de Versalles.

Hicieron el recorrido á caballo y llegaron á las primeras casas del pueblo al dar las once.

Una vez allí, estuvieron algo embarazados para saber el camino que debían seguir. Ni uno ni otro sabían dónde estaba situado el establecimiento que buscaban.

Sin embargo, á menudo habían oído hablar de él; pero no recordaban que en su presencia se hubiera citado el emplazamiento que ocupaba.

— Yo creo, querido Romualdo — dijo Enrique — que haríamos bien en preguntarlo, de lo contrario nos exponemos á errar mucho tiempo por Versalles antes de descubrirlo.

— Eso mismo pensaba yo — contestó el vizconde. — Pero habrá que hacerlo con maña, para no dejar traslucir nuestros proyectos. En efecto, podría extrañar que fuéramos á pasear por la parte de esa habitación donde sólo el rey tiene entrada, y, por lo tanto eso podría dar lugar á conjeturas que acabarían por hacernos objeto de secreto espionaje.

— Es bueno tomar precauciones. Pero, ¿cómo podremos, pues, enterarnos de la cosa?

El vizconde miró en torno suyo.

— Mire, — dijo al cabo de un rato, — ya sé donde podremos conseguir lo que deseamos, sin provocar la menor sospecha. Allí.

Al mismo tiempo, Dizons indicaba con el dedo una hostería de modesto aspecto, colocada al borde del camino que seguían, el cual era continuación de la carretera de París y formaba como un barrio de Versalles.

— Bueno — aprobó el marqués — dirijámonos allí. Aprovecharemos para dejar los caballos, que ya no nos hacen falta, en vista de lo difícil que nos sería explorar con ellos los alrededores de la casita de Su Majestad, sin que se fijasen en nosotros.

— Tiene usted razón, no harían más que llamar la atención.

La hostería en donde ambos jóvenes se disponían á pararse tenía por muestra: « *Á la Campana Rajada* » lección que estaba apoyada por la pintura de una enorme campana que se erguía encima de la puerta, y á la que un caballero de la edad media, todo forrado de

hierro, acababa de dividir en dos, de una estocada propinada en el sentido de arriba abajo, exactamente igual que si hubiera sido un rollo de manteca.

Debajo de aquella obra de arte, leíanse estas tres palabras :

Jerónimo PICHARD, hostelero.

Los jóvenes se acercaron á la casa. Acto seguido, el patrón, que sin duda había oído el ruido de los caballos, apareció en el umbral y, al ver los brillantes jinetes que llegaban, acercóse obsequioso á ellos.

Jerónimo Pichard era un individuo alto, de unos cincuenta años, de complexión hercúlea y al que fácilmente se le hubiera atribuído la proeza que aparecía en la muestra de su hostería.

Entonces, el marqués y el vizconde se apearon de sus cabalgaduras y dijeron al hostelero que pensaban descansar un rato en su casa.

— Entren, caballeros — dijo éste ; — precisamente no hay nadie ahora, así es que no les molestarán nada. ¿Llevo los caballos á la cuadra ó los dejo fuera?

— Métalos en la cuadra — contestó el marqués, — porque como pensamos dar una vuelta á pie por la ciudad así que hayamos descansado un poco, se los confiamos á usted una hora ó dos.

— Bueno, señores. Pueden estar tranquilos. Como antiguo sargento de caballería en el regimiento de Lorena, sé los cuidados que deben darse al caballo.

Y se marchó con los animales mientras los dos amigos penetraban en la hostería.

La sala donde entraron era vasta y estaba bien alum-

brada, excepto en las esquinas, en las cuales reinaba cierta oscuridad.

Los jóvenes se pusieron ante una mesa instalada en un rincón, y esperaron el regreso de Jerónimo.

Éste no tardó en volver.

— Sírvanos una botella de vino — dijo el marqués.

— ¿De cuál, señores?

— Cualquiera.

— En ese caso — añadió el hostelero usando de la lalitud que le dejaban para hacer prosperear su comercio, — voy á servirles Pommard de 1750; si son ustedes buenos aficionados, me lo agradecerán... es superior.

Los jóvenes no eran aficionados; mas, aunque lo hubiesen sido, en la situación de ánimo en que se hallaban, lo mismo les hubiera dado el peor peleón que la mejor cosecha de la tierra.

Después de bajar rápidamente á la bodega, reapareció Jerónimo Pichard con una de esas respetables botellas borgoñonas de ancho gollete, como se fabricaban entonces, y cuyo sólo aspecto era ya una promesa de goce para el paladar.

Así que el marqués y el vizconde bebieron una copa cada uno, sin darse bien cuenta de lo que habían bebido, indiferencia que notó el hostelero y que pareció afligirle mucho, dijo el primero, dirigiéndose á Pichard.

— Buen hombre, tiene usted que darnos unos datos.

— Con mucho gusto, si puedo hacerlo, señores.

— ¿Conoce usted bien á Versalles?

— Muy bien. Vivo aquí desde que me licencié del ejército, es decir desde hace unos veinte años.

— Entonces, ¿sabrás usted dónde está el Parque de los Ciervos?

— ¡El Parque de los Ciervos! — exclamó, sobresaltado, el hostelero — ¡ya lo creo que sé dónde está, y, á decirles la verdad, cuanto menos se hable de él, mejor se hace, porque no es ese lugar lo que honra más á la ciudad.

La opinión emitida por Jerónimo acerca del infame refugio, agradó bastante á los muchachos.

Por otra parte, estos no ignoraban que el pueblo reprobaba el libertinaje de Luis XV.

— ¡Pues bien! desearíamos que nos indicase usted exactamente en dónde está.

En vez de responder, el patrón de la *Campana Rajada* dirigió á los dos amigos una mirada interrogativa.

Seguramente se estaría preguntando para qué querían aquéllos esa indicación; y acabó por preguntarles:

— ¿Tienen algo que hacer por allí?

— Sí, amigo.

— ¡Ah! — exclamó, asombrado.

Luego, tras breve pausa, añadió:

— Señores, sé de buena tinta que es peligroso acercarse demasiado á esa casa. Dada esta advertencia, me apresuro á decirles que no me creo con derecho de negarles los datos que me piden. De todos modos, y dispensen mi franqueza, me sorprende tener que dar esa indicación á personas de su edad. Es fácil que lo que les impulsa á ustedes á ir por allí sólo sea la curiosidad

de examinar de cerca esa morada que tan triste celebridad tiene en el mundo. Pero, créanme, ese deseo es malsano y no puede engendrar en ustedes sino pensamientos culpables. Por eso, si pudiera darles un consejo...

— Se equivoca usted, señor Pichard... — interrumpió Dizons, que no había hablado aún — la curiosidad no tiene nada que ver con lo que nos lleva á la real casita, y la prueba es que queremos conocer su emplazamiento para que nos sirva de punto de mira.

Aunque, según las palabras del hostelero, estuviesen seguros los jóvenes de que no tenían que desconfiar de él, el vizconde pensaba, no obstante, que, por miedo á una indiscreción, era preferible disimular la verdad.

— Va usted á comprender — le dijo. — Uno de nuestros amigos, que vive en Versalles y al que hemos visto últimamente en París, nos ha invitado á almorzar hoy en su casa. Pero no nos acordamos de sus señas. Todo cuanto recordamos es que nos dijo que vivía cerca del Parque de los Ciervos, en una calle muy próxima á éste. Por lo tanto, al saber donde se encuentra ese Parque, nos será fácil descubrir la morada de nuestro amigo.

— ¡Ah! ¡perfectamente... ya caigo! Y si hay que confesarlo, prefiero que sea así, — exclamó Jerónimo Pichard. — Me hubiera disgustado que fuese lo que yo pensaba. Ya es bastante lamentable que hombres tan jóvenes como ustedes tengan conocimiento de semejante sitio.

— ¡Ah! ¡no podemos menos de saberlo! — exclamó

el marqués con vehemencia y dando en la mesa un puñetazo tan terrible que por poco se caen la botella y las copas.

Ante tan violenta exclamación, dibujóse nueva expresión de asombro en las facciones del posadero.

Y viendo esto, Dizons dió un codazo á su compañero para recomendarle que se moderase; luego, á fin de dar á sus palabras sentido muy distinto del que realmente tenían, añadió:

— No, no podemos menos de saberlo, ya que, como usted mismo ha dicho, ese centro es desgraciadamente célebre.

— Así lo entendía yo — dijo vivamente el marqués comprendiendo su imprudencia.

— Ahora, señor Pichard, — prosiguió el vizconde, — si le place decirnoslo, le escuchamos.

— Présteme un segundo de atención, y sabrán tanto como yo mismo. Al salir de aquí, siguen ustedes la carretera hasta llegar á una encrucijada. Al encontrarse allí, toman la primera calle á mano derecha, la cual les conducirá hasta la de Bassins, y recorran ustedes toda ésta. Una vez al final de ella, doblan también á la derecha, atraviesan la plaza de los Reservoirs y entonces verán ante sí la calle de Saint-Médéric, en el número 4 de la cual se alza el establecimiento en cuestión. Les basta una media hora para llegar.

— Bien, muchas gracias; no nos costará mucho encontrarlo.

El marqués y el vizconde sirviéronse una segunda copa, pagaron la botella y se dispusieron á salir.

Ya abandonaban su asiento, cuando, de pronto, penetró en la sala una decena de personas.

Á su cabeza veíase á un individuo de treinta á treinta y cinco años, de rostro completamente afeitado, y que parecía uno de esos histriones de feria acostumbrados á subir á las tablas.

Todos estaban borrachos como cubas y producían un estrépito ensordecedor; de lo cual podía deducirse sin temor de equivocarse que ya habían debido de detenerse en varias tabernas antes de llegar á la *Campana Rajada*.

Sus modales ordinarios así como la forma grosera en que se expresaban, dejaban ver en seguida que pertenecían á las últimas clases de la sociedad.

Como permanecían ante la puerta gesticulando y alborotando, desafiándose mutuamente á quien bebería más antes de rodar por el suelo, el marqués y el vizconde, poco deseosos de codearse con tal chusma, se decidieron á esperar para salir á que los otros estuviesen sentados.

— ¡Vamos, buen hombre! — gritó al hostelero el que parecía dirigir la patrulla — sirvanos, primero diez jarras del mejor vino; luego, ya veremos.

— ¡Muy bien hablado, Rigoberto! — exclamó uno de sus compañeros; — aunque eso no hace más que una jarra por barba, siempre podemos empezar por ahí.

— Ya digo que luego veremos — replicó el individuo de faz pelada que, como su nombre lo indica, no era más que el cómplice de la Vignon en el rapto del convento de Picpus.

Jerónimo Pichard no parecía darse mucha prisa en servir las jarras pedidas.

Su clientela ordinaria componíase de modestos viajeros, de comerciantes, gentes pacíficas en general, por lo cual no estaba acostumbrado á recibir semejante hez y pensaba si no sería mejor despacharlos, en vez de servirles.

Además, le enfadaba el que, precisamente el día en que dos gentileshombres se habían dignado detenerse en su casa, fuéese ésta teatro de una escena de embriaguez.

Viendo la poca premura que tenía para ejecutar sus órdenes, continuó Rigoberto :

— ¿Estás sordo, buen hombre? ¿Por qué no has bajado ya á la bodega? ¿Acaso temes que no se te pague?... Si es así, voy á tranquilizarte... ¡Ten, mira!...

Y diciendo esto, registró el miserable en su chaleco, prenda de enormes bolsillos que le llegaba hasta media pierna, y sacó de él un puñado de luses que hizo sonar en su mano.

— Mira qué bien cantan — prosiguió. — No son de cobre, te lo garantizo; puesto que salen de la caja del señor Lebel, que me los ha dado esta misma mañana... ¿Crees que no hay aquí bastante para pagar tu mal veneno?

Al oír el nombre de Lebel, estremeciéronse los dos jóvenes.

Sabían que éste era el del primer ayuda de cámara de Luis XV, encargado de la alta vigilancia de la real

Caprea, é inmediatamente pensaron que el personaje hablaría de él.

Pero, ¿qué relaciones existían entre Lebel y aquel individuo? Esto les intrigaba muchísimo, y decidieron no irse sin enterarse.

Á pesar de la vista y del retañir del oro, el hostelero continuaba inmóvil junto á los dos aristócratas, y su fruncido entrecejo, así como la mirada poco amable que dirigía á los intrusos, indicaban que no tenía muchas ganas de obedecerles.

Indudablemente, la idea de despacharlos dominaba en él cada vez más.

Ante su amenazadora actitud, el marqués y el vizconde, que adivinaban su intención y temían que los expulsara antes de enterarse de lo que querían saber, le hicieron ver que su interés era servirles.

— Es la única manera que tiene usted de librarse de ellos, — dijo el marqués.

— Mi amigo tiene razón — apoyó el vizconde; — cuando estén del todo embriagados, conseguiré fácilmente su objeto. Mientras que, si ahora, que solo lo están á medias, intenta usted echarlos, tendrá que luchar con ellos, y, la verdad, ¡son diez!...

— ¡Oh! ¡yo no temo á diez hombres de esa calaña! — contestó Jerónimo Pichard.

Y enseñando sus puños, que tenían el tamaño de una cabeza de niño, añadió :

— Estos se encargarán de hacerlos escapar á todos. Cuando sientan su peso sobre los hombros, les aseguro que no querrán saber otra cosa.

— No lo dudamos — dijo sonriendo Dizons. — De todos modos, es de presumir que le ocasionasen á usted destrozos más ó menos grandes, de los cuales no le indemnizará nadie.

— Es verdad — reflexionó el hostelero ; — en la pelea, esos ganapanes serían capaces de destrozarme parte del moblaje sin que yo pueda obtener de ellos ninguna reparación pecuniaria.

Luego, tras ligera vacilación, continuó diciendo :

— ¡Vamos! creo que su consejo es bueno, y voy á seguirlo, dándoles lo que piden.

Durante este rápido coloquio entre los dos gentiles-hombres y el antiguo sargento del regimiento de Lorena, Rigoberto, creyendo que este último había sido deslumbrado por el oro y que iba á deshacerse para servirles, habíase, sin preocuparse más de él, colocado con su cuadrilla en una mesa poco distante de la en que estaban Enrique y Romualdo.

En cuanto se sentaron, uno de los beodos, el mismo que había aprobado el pedido de las diez jarras, se dirigió al antiguo cómico :

— Has debido de dar un buen golpe, Rigoberto — le dijo, — para que ese Lebel te haya remunerado tan bien...

— ¡Ah! ¡ya lo creo que lo he dado! — contestó el bribón ; — ¡pero, trabajo me ha costado!

— ¿Quieres contárnoslo? Debe de ser gracioso. Será algún asunto de mujeres, ¿verdad?

— ¡Toma! Ya sabéis que las mujeres son mi especialidad.

— Dinos, pues, la cosa ; así nos entretendremos.

— Con mucho gusto ; pero : *Motus*. Si dijeseis algo en Versalles os costaría caro... y á mí también. Se trata de algo relacionado con el Parque de los Ciervos.

— En cuanto á mí, seré mudo como una tumba — aseguró el interlocutor de Rigoberto, que, al hacer esta promesa, pensaba en correr á decir á sus amigos y conocidos todo lo que iba á oír.

— Nosotros también tendremos la boca cosida — afirmaron los demás, que pensaban lo mismo que su camarada.

En ese caso, abrid los oídos, pues voy á empezar :

Todos conocéis el convento de canonesas Agustinas de Picpus.

— Sí, sí — contestaron varias voces.

— Bueno, pues, hace aún dos días, había en ese centro de oración una joven de gran familia.

El ex cómico fué interrumpido por la llegada de Pichard que acababa de subir de la bodega con diez jarras llenas y que se dispuso á colocarlas sobre la mesa.

— Aquí está el vino — dijo ; — esperen que les traiga vasos.

— No hacen falta — contestó Rigoberto ; — los vasos son muy pequeños ; beberemos de las jarras.

— Sí, sí, eso es.

Y uniendo la acción á la palabra, los miserables las arrancaron casi de manos del hostelero y de un solo trago se bebieron la mitad.

XVI

LA BATALLA

Muy perdido debía tener el juicio Alcides Rigoberto para declarar de aquel modo á unos cualesquiera un asunto concerniente al asilo de la calle de Saint-Médéric, porque los agentes empleados, como él lo estaba, en el reclutamiento de las odaliscas del harén real, debían comprometerse por juramento y bajo pena de ejemplar castigo, á guardar absoluto silencio sobre ello.

Hasta entonces se había abstenido de hacer á nadie la menor confidencia relacionada con las misiones de que le habían encargado.

Pero, la mañana de aquel día, como le habían pagado los dos mil escudos que le prometió Lebel por el rapto de Blanca de Lagardère-Nevers, suma que excedía en mucho á las que había cobrado anteriormente en circunstancias análogas, había pensado en seguida en fes-

tejar tan rica breva, y, con ese objeto, fué á buscar á varios conocidos, para recorrer con ellos las tabernas de Versalles.

Desgraciadamente, á medida que el vino le iba subiendo á la cabeza, había olvidado poco á poco su juramento de mutismo, y cuando entró en la *Campana Rajada*, no esperaba más que la ocasión de contar su hazaña de dos días antes.

Por esta razón, á la primera solicitud que se le hizo respecto al asunto, se apresuró á comenzar el relato.

Verdad es que un último destello de razón le había inducido á exigir la discreción de sus oyentes; pero eso era por pura fórmula, pues aunque se la hubieran negado, lo hubiera contado lo mismo.

Añadamos que si sus compañeros se disponían á escucharle, el marqués y el vizconde se preparaban, por su parte, á no perder una palabra, pues el principio del relato de Rigoberto no les dejó duda de que se trataba del rapto de Blanca.

Al marqués le costaba trabajo permanecer tranquilo. Al pensar que estaba en presencia del miserable culpable de aquel crimen, le venían furiosas ganas de arrojarle sobre él y de enviarle á concluir su narración al otro mundo.

El vizconde compartía la violenta emoción de su amigo; pero se dominaba, y hasta consiguió apaciguar la fogosa excitación de Enrique diciéndole al oído:

— ¡Paciencia! Dejémosle decir cómo se ha perpetrado el rapto, y tal vez nos enteremos de algo que sea útil para salvar á Blanca.

No añadió que, como la señorita de Moutier había sido raptada al mismo tiempo que Blanca, tenía también él la esperanza de que en el curso del relato recogería algunos datos acerca de ella.

Cuando los borrachos dejaron sobre la mesa las jarras medio vacías, continuó Rigoberto:

— Os decía, pues, muchachos, que antes de ayer todavía, hallábanse en el convento de Picpus dos jóvenes...

— Antes has dicho una... — dijo riendo uno de los bebedores, — ¿vas á aumentar la cifra á cada trago?

— ¡No, dos!... ¡He dicho dos!

— ¡Una! — afirmó otro borracho. — Pero la cantidad es lo de menos, no siendo cuando se trata de jarras por vaciar.

— Dos... eran dos; creo que debo saberlo mejor que vosotros.

— Admitamos dos; pero que conste que habías dicho una... y hasta especificando que era de muy buena familia.

— ¡Ah! esperad — dijo el antiguo cómico, á quien estas últimas palabras parecieron aclarar las ideas. — Tenéis razón, no he hablado más que de una, y ved por qué: porque, aunque había que raptar á dos, yo sólo debía hacerlo con una; la de buena familia; la otra era para Teresa.

— ¿Quién es Teresa?

— ¡Teresa! ¡Teresa Vignon, la echadora de cartas del Pont-au-Double!

— No la conocemos; pero no importa, continúa.

— Ahora bien, yo trabajaba por la Pompadour,

mientras que ella lo hacía por cuenta de la señora de Coislin, una marquesa del género de Juana Poisson.

Al oír el nombre de la rival de la favorita, los dos jóvenes se dirigieron una mirada de inteligencia. Ahora ya sabían en qué manos estaba Luisa. Apuntaron ese nombre en su memoria, así como también el de la nigromante.

No reproduciremos la narración de Rigoberto; puesto que no es sino la repetición de los hechos que ya conocemos.

Nos limitaremos á decir que, á pesar de su embriaguez, recitó con todos sus detalles las diversas peripecias del doble rapto de Blanca y de Luisa, cuidando de atribuirse el papel más difícil y de atenuar el de la echadora de cartas, para que resaltase más lo que él llamaba su habilidad.

Luego, cuando hubo concluido, añadió:

— No mentía, hace un rato, al decir que me costó mucho la cosa. Pero no puedo quejarme; Lebel ha sido generoso, y estoy dispuesto á volver á empezar por el mismo precio.

Y acentuó la frase golpeando en su bolsillo que estaba repleto á más no poder.

— ¡Parece que vale la pena! — observó uno de sus compañeros. — ¿Y cómo se llaman esas señoritas?, pues aun no nos lo has dicho.

— Es verdad, no me acordaba.

En efecto, para designar á las dos muchachas, se había servido Rigoberto de diversos términos, pero no había pronunciado sus nombres.

— Sabed, pues, que la mía tiene un nombre muy sonante y se llama Blanca de Lag...

No pudo acabar.

Un proyectil salido de donde estaban los dos jóvenes le dió en pleno rostro, destrozándole la mandíbula y haciéndole exhalar un horrible quejido de dolor, al tiempo que de la boca le salía una oleada de sangre y que una lluvia de cristales y vino salpicaba á sus estupefactos oyentes.

Era el hermano de Blanca que, viendo al miserable á punto de lanzar en mofa á sus compañeros el nombre respetado de la pura joven, no había hallado otro medio para impedirselo, que lanzarle con toda su fuerza la pesada botella de Borgoña, medio llena aún de su generoso líquido.

Y había sido lo bastante feliz para que ésta fuese á darle precisamente en los labios y para aplastárselos antes de que hubiesen articulado las últimas sílabas del apellido.

Entre los beodos hubo un momento de estupor.

No se daban cuenta exacta de lo que acababa de pasar, pues aun no habían visto á los dos gentileshombres, que habían permanecido ocultos en la oscuridad.

Cuando, descubriendo al fin al marqués y al vizconde, comprendieron lo que había ocurrido, se enfurecieron; y armándose todos ellos, cual de una jarra, cual de un taburete, corrieron contra los dos amigos, en tanto que Rigoberto, atontado por el golpe, caía sobre su asiento lanzando sordos gemidos.

La amenazadora cuadrilla llegó junto á Enrique y Romualdo, los cuales desenvainaron en seguida la espada, más bien para asustarlos que para emplearla contra ellos.

Les repugnaba emplear los aceros contra gentes que no tenían más armas que las de que disponían los borrachos.

Si hubiese estado allí Jerónimo. Pichard, no cabe duda que se hubiera interpuesto entre las partes y hubiera impedido de cualquier modo que las cosas pasasen á mayores. Pero, aunque Rigoberto no le inspirase gran compasión, pues después de oír su relato sabía ya quien era, se creyó en el deber de ir á buscar agua fresca para poder lavarle el rostro ensangrentado.

Estaba, pues, ocupado en sacar el cubo del pozo, en el momento en que su sala iba á convertirse en campo de batalla.

Al ver las puntas aceradas que relucían á algunas pulgadas de sus pechos, detuviéronse los beodos y empezó á esparcirse por ellos cierta indecisión.

— ¡Granujas! — les gritó entonces el marqués, — ¡si dais un paso más, uno solo, ó si nos lanzáis los objetos de que estáis provistos, vuestros cuerpos servirán de fundas á estas espadas!

El decidido tono con que pronunció estas palabras hizo reflexionar de nuevo á los asaltantes.

— ¿Por qué ha desquijarado usted á nuestro amigo Rigoberto? — preguntó el más atrevido de ellos.

— Porque ese amigo es un miserable que, no contento con haber cometido el más abominable de los

crímenes, se vanagloria aún de él impudicamente confesándolo á estúpidos como vosotros, y trata de echar á perder la reputación de una joven de la más elevada respetabilidad.

— ¡Estúpidos! ¡Nos llama estúpidos! — exclamaron algunos pareciendo muy ofendidos por el epíteto con que les había gratificado el marqués.

— Ganapanes, si así preferís, y por no decir otra cosa — dijo Dizons, — porque, al aprobar el crimen de vuestro compañero, os hacéis cómplices de él.

— Y aunque lo fuéramos realmente, ¿qué tendría eso de particular? — replicaron varios.

— Al contrario, — añadió el que había hablado primero — sería mucho mejor para nosotros, ya que en vez de tener los bolsillos vacíos, los tendríamos, como él, llenos de luises.

— ¡Canallas! — exclamó el marqués, exasperado por tal cinismo, — merceríais que os hiciera volver á entrar en la garganta esas palabras.

Y antes de reflexionar, arrastrándolo su impetuoso carácter, adelantó rápidamente el brazo, tratando de alcanzar á uno de los que tenía más cerca.

En seguida se arrepintió de ese movimiento casi involuntario y que sólo lo había provocado su indignación.

Desgraciadamente, ya era imposible rescatarlo, y los borrachos, creyendo en un ataque por su parte, se enfurecieron más todavía.

Entonces, conservándose aún á distancia, hicieron llover sobre los jóvenes los diferentes objetos que tenían en la mano.

Jarras y taburetes volaron por encima de la cabeza del marqués y del vizconde á quienes costó mucho trabajo preservarse de ellos, algunos de los cuales llegaron á tocarles con bastante fuerza.

Aquello era demasiado. La situación no podía prolongarse más tiempo así, pues de lo contrario, los jóvenes se verían descalabrados.

Arrojáronse, pues, contra sus agresores, resueltos á no compadecerse.

Sin embargo, no queriendo abusar de la ventaja que les daban las espadas, cogieron éstas por la hoja y golperon con el pomo, hendiendo cráneos y haciendo crujir huesos bajo los porrazos que asestaban.

Al principio, parecían ganar el combate. Los asaltantes retrocedieron al primer choque y parecían querer batir definitivamente en retirada.

Pero como uno y otro habían salido de la oscuridad y aparecían ahora en plena luz, los ganapanes observaron con cobarde alegría que tenían ante sí á dos niños, por así decirlo, y volvieron á tomar la ofensiva, armándose otra vez con todos los objetos que hallaron á su alcance.

Prodújose una confusión general.

Á pesar del valor de los dos jóvenes, al cabo de un rato la victoria parecía decidirse por el número. Enrique acababa de recibir un taburete en el brazo derecho que, todo dolorido, perdió parte de su vigor. Romualdo fué herido en la frente por un casco de jarra, y aunque la herida no tuviera gravedad, le cegaba la sangre que manaba de ella, impidiéndole dirigir bien sus golpes.

Viendo los miserables aquella inferioridad en sus adversarios, duplicaban su audacia y, para vencerlos más fácilmente, trataban de apoderarse de sus espadas, lo cual no tardarían en conseguir, pues ya habían llegado á coger el puño dos veces, y necesitaron los jóvenes toda su energía para soltarlas de sus manos.

La derrota de ambos amigos era, pues, cuestión de tiempo, y podían temerse para ellos malas consecuencias.

Afortunadamente, en aquel mismo momento entraba Jerónimo Pichard en la sala, con un cubo lleno en la mano.

Al primer golpe de vista percatóse de la peligrosa situación en que se encontraban los jóvenes.

Acto seguido, sin acordarse de atenuar los dolores del ex cómico, corrió á socorrer á los gentileshombres, sin perder un segundo.

No se había vanagloriado al decir que no le asustaban diez individuos de aquella calaña.

Primero, entró entre las filas de los asaltantes, actuando con sus puños como si fueran dos martillos de forja que chocasen contra el yunque, lo que produjo como efecto inmediato abrirse paso hasta llegar junto á los dos amigos.

Luego, colocándose ante éstos, protegiéndolos así con su cuerpo, continuó distribuyendo á diestra y siniestra tan vigorosos trompazos, que pronto se produjo un vacío en torno suyo.

Un cuarto de minuto le bastó para echar por tierra á cuatro asaltantes y hacer retroceder á los demás á respetable distancia.

— ¡Marchaos, miserables! — dijo á estos últimos — si no, os cojo á cada uno del cogote, y os arrojo á la calle como á perros sucios. ¡Ea! ¡largo de aquí, pronto!

Como les borrachos, medio atontados por la lluvia de golpes que había caído sobre ellos, conservaban su inmovilidad, pareciendo no haber oído la orden del hostelero, éste avanzó hacia ellos.

Pero no esperaron á que los alcanzase. Al pensar que podía hacer lo que decía, de lo cual le creían muy capaz en vista de las muestras que acababa de dar de prodigiosa fuerza, recobraron en seguida la facultad de moverse, y se precipitaron tumultuosamente hacia la puerta, saltando afuera como si les persiguiera el fuego.

Rigoberto, con ambas manos apoyadas en la mandíbula, siguióles con igual rapidez.

Terminada en parte la borrachera por el suceso que había interrumpido su narración, pensaba que muy poderosos motivos debía de tener el joven, para taparle de aquel modo la boca.

— Sin duda — se decía, acercándose mucho á la verdad — serán parientes de la joven, á quienes el azar había traído por acá.

Por esto, al ver el fin del combate y la desbandada de sus compañeros creyó prudente escaparse lo más pronto posible, para no quedarse solo con los jóvenes, de los que nada bueno podía esperar.

Ya no quedaban en la sala más que los beodos desplomados y que habían perdido por completo el sentido.

Sin más formalidades, Jerónimo Pichard los cogió dos á dos, uno con cada mano y los llevó á la carretera, donde dejó al aire el cuidado de reanimarlos.

Hecho esto, volvió hacia los dos amigos y les dijo .

— Caballeros, no quiero echarles en cara el consejo que me han dado de servir de beber á esos bandidos; pero, sin embargo, convendrán ustedes que he hecho mal en no seguir mi primera idea, que era desembarazarme de ellos en seguida.

— Ya que todo lo ocurrido es culpa nuestra, vamos á indemnizarle de los destrozos que los ganapanes le han causado — respondió el marqués, creyendo que el buen hostelero aludía á la rotura de envases y muebles, así como también al vino que le dejaron sin pagar.

— Los destrozos no son nada — replicó Jerónimo. — Claro que siento que se hayan roto los taburetes y jarras y la pérdida de mi mercancía; pero no es eso lo que me inducía á hacer la reflexión que les he hecho.

— ¡Ah! ¿será, entonces, la agresión de que hemos sido víctimas?

— Sí, y las consecuencias que podía tener; porque, francamente, poco ha faltado para que les asesinasen; y hasta puedo decir que he llegado á tiempo.

— ¡Ya lo creo! — aprobó el vizconde — su intervención nos ha salvado la vida, por lo que le damos las más expresivas gracias.

— Bueno, bueno; no me deben gratitud alguna por tan poca cosa. Erañ ustedes mis huéspedes, y, por consiguiente, yo debía ayudarles .. Y á usted, caballero — añadió dirigiéndose á Enrique, — no puedo menos de

felicitarle por el modo de impedir á ese miserable que dijese á sus compañeros el nombre de una pobre muchacha que sin duda pertenece á una de las más respetables familias. ¡Con qué energía le ha cerrado usted la boca!

— ¡Qué cobarde! — pronunció el marqués, entre dientes. — ¡Lástima no haber estado más cerca de él... pues le hubiera arrancado la lengua, sin piedad alguna!...

Jerónimo Pichard, que no podía sospechar el lazo que unía el marqués con la nueva pupila del Parque de los Ciervos, achacaba á la juventud, cuya alma está siempre pronta á revelarse contra malas acciones, el sentimiento de reprobación que manifestaba el gentil-hombre por el crimen cometido por el antiguo cómico.

El hijo del duque Felipe iría probablemente á dar nuevas señales de indignación, cuando Dizons, temiendo que, dada la cólera en que se hallaba, fuese á revelar al hostelero su parentesco con la víctima de Rigoberto, cortó de pronto la conversación, diciendo :

— Querido Enrique, si quiere escucharme, lo mejor que podemos hacer es ir inmediatamente á buscar á nuestro amigo que debe de estar impaciente esperándonos, pues hace ya más de una hora que estamos aquí.

— Es verdad — respondió el joven de Nevers acordándose de pronto del objeto de su presencia en Versalles. — Vámonos, pues de lo contrario nos quedaremos sin... almuerzo.

El vizconde se lavó la herida que tenía en la frente y

que, como hemos dicho, era poco grave; el marqués se dió friegas en su dolorido brazo, y luego, después de indemnizar al buen Pichard, que se resistía, de los destrozos resultantes de la lucha con los borrachos, se encaminaron los dos amigos hacia la calle de Saint-Médéric.

XVII

LO QUE SE OYE BAJO LA HIEDRA

La calle de Saint-Médéric, vía estrecha y de poca longitud, estaba orillada, por un lado, por una serie de terrenos incultos, y, por el otro, por algunas casas compradas secretamente — como hemos visto por la escritura de compra de una de ellas — que formaban el claustro pagano en que Luis XV hacía encerrar á jóvenes inocentes que este príncipe, miserablemente votuoso, destinaba al culto del amor.

En el centro de las distintas y heteróclitas construcciones de ese harén improvisado, se alzaba un pabellón que había pertenecido á la Pompadour y que ésta cedió para las propias necesidades de su causa. En ese pabellón estaba la entrada principal del establecimiento, la destinada exclusivamente al rey.

Un gran espacio vacío situado detrás de las construcciones así reunidas para un mismo uso, se había trans-